CAPÍTULO XXX.

MARIANA Y LA VOCACIÓN Á LOS DIVERSOS ESTADOS DE VIDA.

SUMARIO. «Esta niña no se ha de casar.» — «No te aflijas; pronto casarás con un hombre muy de bien.» — Funesto éxito de una elección desacertada en una alternativa propuesta proféticamente por Mariana. — Doña María y su hija desventuradas dos veces, por haber desoído los consejos de la santa. — Leche prodigiosa. — Dos alumbramientos milagrosos. — Las carmelitas y su convento. — «Padre, ¿y esas culpas olvidadas?»

SAMUEL, uno de los más célebres videntes del Antiguo Testamento, anunció á nombre del Altísimo, entre otras cosas, á Saúl y á David que eran elegidos para ocupar el trono de Israel. De igual manera nuestra *Azucena*, cual oráculo divino, resolvía el arduo problema de la vocación con autoridad y acierto, como si hubiese asistido á los consejos de la Sabiduría. Prueba irrefragable de que el Señor hablaba por boca de su sierva en punto á vocaciones, era la paz, la dicha de que disfrutaban todos los que recibían dóciles tan saludables avisos; y las decepciones y amarguras de quienes los desoían.

No recordaré el tono inspirado con que, conforme en otra ocasión insinuamos, al entrar en la soledad, anunció á una de sus sobrinas que Dios la quería para casada, al paso que alentó á otra á que hiciera voto de castidad perpetua.

Doña Juana, casada según predicción de su tía, tuvo entre otros hijos una niña por nombre Catalina. Ésta frisaba en los seis años, cuando al verla un día

nuestra santa dijo: «Esta niña no se ha de casar, porque Dios la tiene reservada para una gran santidad.»

Los años corrieron rápidos, como las aguas de un torrente impetuoso; la niña llegó á la adolescencia. Su padre, con el mayor sigilo, concertó el matrimonio de su hija con uno de los jóvenes más principales de Quito. Trajes de boda, alhajas, todo estaba preparado; sólo faltaba el consentimiento de la hija, el cual el padre miraba como seguro, consideradas las prendas excepcionales del pretendiente. Aproximándose el plazo señalado para el enlace, Don Juan Guerrero de Salazar dió parte á su hija de los arreglos hechos y le pidió que los ratificara con un acto positivo de aquiescencia; y á fin de hacer mella en su corazón sensible, le presentó, una tras otra, las joyas y galas de novia, desde tiempo prevenidas.

¿Resistirá Catalina á esta inocente seducción? Por una parte, ella es pobre, á causa de las adversidades sobrevenidas á su familia; por otra, quien le pide la mano es de lo mejor de Quito; además, tal es la voluntad de su padre. Por fin, la vista de aquellas galas ¿no fascinará á aquella señorita que acaba de entrar en la edad de las ilusiones?

Catalina agradeció muy de corazón á su amante padre tantas atenciones; y luego declaró sin rodeo que ya tenía escogido otro esposo infinitamente superior al que se le proponía; y para consagrarse á Jesucristo, Esposo de las vírgenes, entraría en el naciente Carmen de Quito.

Ante tan inesperada respuesta se calló el padre; pero como atribuyera aquella negativa á primeras

impresiones de sorpresa, valióse de terceras personas para aconsejarle que consintiera en el matrimonio, y para, en caso de nueva repulsa, probar su vocación al claustro. Mantúvose Catalina firme en su propósito, sin duda porque su bienaventurada tía, ya en el cielo, rogaba por ella. Al fin, recibida la bendición paterna, la digna sobrina de Mariana entró carmelita.

Hay quienes se figuran que los santos no piensan más que en reclutar gente para los conventos. Aun cuando esto fuese cierto, no tendríamos derecho para censurar á esos celosísimos amigos de Dios. Si bien los seglares pueden donde quiera que se hallen labrar su salvación, observando íntegros los divinos mandamientos, ¿no son los religiosos los que han escogido la mejor parte, de que jamás serán privados? Empero, los santos no fabrican las vocaciones, pues éstas tienen á Dios por autor, como tampoco los sabios fabrican la luz que nos viene del sol. Ilustrados por el Espíritu Santo, superiores á las pasiones que ciegan, los santos conocen el divino llamamiento: lo promulgan; en caso dado, amenazan para que sea obedecido, y siempre ruegan á este mismo fin. Si Mariana guiaba al claustro á los que para él estaban predestinados, dejaba en el siglo á los que eran llamados á vivir cristianamente en el mismo.

La señora Doña María de Caso, sobrina suya, había enviudado en la ciudad de Ibarra. El infortunio que la muerte de su esposo le acarreó no es para referido. Joven aún, estaba lejos de sus padres, con familia y con no pocas deudas transmitidas por su consorte. Además de esto, con ser mujer de con-

dición, le era preciso ocuparse personalmente en la administración de las haciendas. Sin saber qué hacer en medio de tantos azares, escribió una carta á su compasiva tía, en demanda de consejos y oraciones. Contestóle la santa que no se afligiese, porque no tardaría en «casar con un hombre muy de bien y muy apto para sacarla de todos sus apuros». Este hombre de bien no era otro sino el Capitán Don Alonso Sánchez, regidor perpetuo de Quito. Mas ¿por qué vías realizará su enlace con una señora desconocida, que vive á una distancia de veinticuatro leguas? Apenas despachada su carta, Mariana cayó enferma de muerte, y recibió los últimos sacramentos. Entre los numerosos quiteños que, vela en mano, acompañaban el Viático, se hallaba dicho Don Alonso. Mariana con detención fijó en él sus angelicales miradas, tanto que el Capitán, sin duda poco acostumbrado á ser así mirado de hito en hito por un ángel de la tierra, temió, como lo declaró después en el Proceso, que le escudriñase la conciencia. Murió la seráfica virgen. Mientras el Capitán trataba de regresar á la madre patria, España, le propusieron que se casara con la viuda de Ibarra, Doña María. Don Alonso, no obstante haber desechado varias otras proposiciones de esta índole, aceptó ésta á ojos cerrados, sin deliberar un momento. Tenía por móvil de esta determinación no sólo las atenciones de que había sido objeto de parte de la moribunda Mariana, sino también el deseo de entrar en una familia de santos y emparentarse con la penitente solitaria y émula de los ángeles, á quien el público

ya canonizaba. Verificado el matrimonio, Don Alonso se mostró, sin desmentirse nunca, excelente cristiano, marido inmejorable, administrador sagaz y económico.

Otro hecho: Dos personas principales de Quito, de igual mérito, pedían á un tiempo la mano de la señorita Doña Ana Ruiz de Alvarado. No sabiendo ésta á cuál de las dos elegir, pidió luces á Mariana, en compañía de su madre. Escuchó la santa el punto de consulta, y luego con espíritu profético habló en estos términos: «Ambos sujetos son muy buenos y dignos de tu hija; pero si se casa con el primero, disfrutará largos años de la felicidad de un buen matrimonio; si con el segundo, le gozará poco tiempo, y después de perderle pasará grandes trabajos.»

Parece que la señorita, al oir estas palabras, debía sin titubear un instante, decidirse por el primero; mas todo lo contrario: semejante á otras muchas que piden consejos á todo el mundo, y están ya determinadas á seguir su propio dictamen, casó con el segundo, quien murió en breve, dejándole como principal herencia mil trabajos y contradicciones sin cuento.

Doña María de Paredes no fué más cuerda ni más dócil que la precedente señorita. Había dispuesto ella, según el Padre Butrón, que una hija suya se enlazase con cierta persona que le pareció muy conveniente. Habiendo sometido á Mariana aquel proyecto, oyó de su boca que mirase bien lo que hacía: caso de efectuarse aquel matrimonio, ella y su hija pasarían muchos trabajos y disgustos. Empero más poderoso fué el capricho de la madre, que el sabio consejo

de la santa. Celebróse dicho matrimonio; pero á poco fué declarado nulo por el obispo de Quito.

¿Escarmentaría con esto aquella madre? ¡Ay, no! Segunda vez intentó casar á su hija, y segunda vez pidió el parecer de Mariana. Éste fué que aquel segundo marido, si llegaba á serlo, les daría á las dos más trabajos que el primero. Con todo, ¿quién lo creyera? llevóse á cabo el tan desconcertado enlace; pero las penas y sinsabores que del mismo se originaron fueron tales, que mayores no pueden ser.

Empero, ¿bastará abrazar el estado de vida que el Señor nos ha prefijado? De ninguna manera; preciso es perseverar en él y llenar los deberes que el mismo nos impone. Por eso la esclarecida reclusa decía con el Apóstol: «Cada cual ha de permanecer en la vocación á que fué llamado.»[1] Á esto convergían sus consejos y oraciones. Tomamos casi literalmente del Padre Butrón los dos hechos siguientes.

Padecía disgustos sin cuento de parte de su consorte Doña Escolástica Sarmiento, con la cual se había criado nuestra *Azucena*. Llegaron á tal extremo un día sus pesadumbres, que fué á la iglesia de los jesuitas á comunicar con su confesor los medios que había ideado para librarse de ellas á toda costa. Desgraciadamente el confesor no pudo atenderla, por estar enfermo. Entonces Doña Escolástica resolvió ejecutar sin más sus desatinados proyectos. Es verdad que allí estaba su amiga Mariana, quien podía socorrerla eficazmente con sus consejos y oraciones; pero

[1] I Cor. VII, 20.

precisamente rehuía encontrarse con ella, para no tener que desistir de sus despropósitos; ya salía como á hurtadillas de la iglesia, cuando se vió de manos á boca con la santa. Ésta la reprendió con palabras amorosas por su desacertada resolución; luego exhortóla á que esperase confiadamente y para muy en breve el consuelo divino. Tan eficaces, oportunas y consoladoras fueron aquellas palabras, que Doña Escolástica puso únicamente en el Señor su confianza; y no tuvo por qué arrepentirse de ello; pues en ese mismo momento desaparecía para siempre jamás todo motivo de discordia y descontento entre los dos consortes.

Más extraordinario que el precedente es el suceso que vamos á relatar. Juana de Sangüesa, esclava de condición, tenía por esposo á un negro de genio terrible, llamado Juan Rivera. Entró en aquel hogar el demonio del odio y de la venganza, y el brutal marido tiraba á matar á su mujer. Ésta, bien fuese para asistir á misa, bien por huir de su verdugo, se trasladó un día á la iglesia de la Compañía de Jesús. Tuvo noticia de ello el bárbaro marido, y sin reparar en lo sagrado de aquel lugar, resolvió perpetrar allí mismo su bien meditado asesinato. Coger un puñal y penetrar en la iglesia, fué cosa de un instante: ya tenía clavados los ojos en su víctima, cuando ésta corrió á refugiarse cerca de Mariana, como en un asilo seguro. Levantóse entonces la santa, y saliendo al encuentro del enfurecido Rivera, le dijo con irresistible dulzura: «Aquiétate, hijo, aquiétate. ¿Qué es lo que pretendes hacer? Repara

que vas á cometer una enorme culpa.» Con estas y otras semejantes palabras trocóse aquel tigre sediento de sangre en manso cordero. No se decidía, sin embargo, la mujer á juntarse con él, pues si bien le constaba el cambio repentino obrado en su marido, podía éste recaer en sus frenéticas iras de antes, y en este caso ¡ay de ella! Díjole nuestra seráfica virgen, que no tuviese miedo ni recelo; pues, hechas á petición de su consorte las paces, nunca jamás volvería aquél á atentar contra ella, ni siquiera ella volvería á tener el más leve disgusto. Efectivamente, Rivera hizo las paces por medio de terceros, y fué la reconciliación tan estable, que en los veinte años que duró el matrimonio no volvió á caducar la paz ni por un momento.

Á fin de facilitar la perseverancia de cada cual en su respectiva vocación, Mariana de Jesús aliviaba á todos, cuanto podía, los deberes de su estado.

Una india sirvienta en la familia de nuestra *Azucena*, no tenía suficiente alimento natural para un niño de pechos, ni recursos para procurárselo de otra manera. La inocente criaturita, acosada por el hambre, lloraba día y noche. Remediólo todo la angelical solitaria con un milagro en favor de la madre.

Doña Jerónima de Paredes padecía desde varios días crueles dolores de parto sin poder dar á luz. Las circunstancias eran tales, que sólo se esperaba la muerte de un momento á otro. La santa y agradecida hermana trató el asunto á solas con Jesucristo; y tan eficaces fueron sus ruegos, que á poco

nació felizmente una niña, que con el tiempo fué carmelita, con el nombre de Andrea María de la Santísima Trinidad; y en 1680 fundó con otra parienta inmediata el Carmen de la ciudad de Cuenca [1].

Igual favor debió á nuestra virgen una negra, criada de la misma casa; con la diferencia de que la criatura apenas bautizada voló á la gloria. Mariana, al saber aquella prematura muerte, dijo: «Ese negrito estaba destinado para el cielo.»

Nuestra ínclita penitente y contemplativa obtuvo del Señor, á fuerza de oraciones, una gracia extraordinaria, que había de fomentar en Quito las vocaciones religiosas. ¿Cuál será esa gracia? La de que su casa fuera algún día convertida en convento de Santa Teresa. Veinte años antes de que se estableciesen las carmelitas en Quito, escribe un biógrafo, cuya relación compendiamos, comunicó Dios á su sierva tan á las claras todos los designios de su Providencia acerca de la fábrica del convento, que rebosando de placer dijo á su confesor, el Padre Manosalvas, que el cuarto en que ella vivía había de ser habitación de las esposas de Jesucristo. Hablando en varias ocasiones con sus parientes, les declaró terminantemente que *su casa había de ser convento de religiosas carmelitas descalzas, y que serían veintiuna;* por lo cual les suplicaba que de ningún modo se deshiciesen de una casa que, como alhaja preciosa, tenía Dios reservada para relicario de sus misericordias. «¡Oh! ¡quién fuera dichosa de ser esclava

[1] Historia del Ecuador t. IV.

de vírgenes tan sagradas!» exclamaba á veces. «¡Oh! ¡si yo mereciera ser una de las escogidas para esposas del gran Rey! Si llegara á vivir, sería la primera que procuraría lograr esta dicha, que lo es y grande, el ser hija de mi amada y venerada madre Santa Teresa.»

Volviendo cierto día de comulgar, llamó á tres personas de confianza, y después de mandar cerrar las puertas de la calle, les dijo: «¡Qué á propósito es esta casa y sitio para convento de carmelitas descalzas! pues sepan que aquí se ha de fundar con el tiempo. Vengan ustedes conmigo y verán trazar las oficinas.» Y recorriendo con ellas toda la casa, les decía: «¡Qué gustosas vivirán aquí las carmelitas! En este sitio estará la portería; allá el torno; esto será refectorio, aquélla la cocina. La iglesia caerá en el lienzo de la calle, y en le cuarto donde yo vivo estará el coro.»

«Sobre el exacto y puntual cumplimiento de esta profecía», escribe el Ilustrísimo Señor González Suárez, «están unánimes todos los testigos que declaran en el Proceso de beatificación.» [1]

«El primer convento ocupado por las hijas de Santa Teresa en Quito», dice este historiador, «estaba situado al extremo septentrional de la ciudad. Viendo construir allí el convento, decían las buenas gentes de Quito: El convento de las carmelitas descalzas no ha de permanecer allí, porque Mariana de Jesús anunció que en la casa de ella había de

[1] Obra cit. t. IV, pág. 243.

ser donde se verificaría la fundación. Don Martín de Arriola, oyendo semejantes anuncios, como haciendo mofa de ellos, contestaba irónicamente: '¡Ya veremos cómo se cumple la profecía de la criollita!' y continuaba dando calor con toda su autoridad de Presidente á al construcción del convento. Ya que la obra se hallaba para concluirse, tres religiosas profesas, del monasterio de Lima, llegaron á Quito el 4 de febrero de 1653, y el convento se fundó en el punto donde el Presidente lo había mandado construir; allí estuvieron un año, pero fueron tantas las incomodidades que sufrieron á consecuencia del frío y de la humedad, que se vieron en el caso de abandonar el convento y buscar habitación más cómoda; y entonces fué cuando pasaron á establecerse en la casa del capitán Don Juan Guerrero de Salazar, casado con una sobrina de Mariana de Jesús, el cual ofreció su casa, asegurando que lo hacía por haber oído á la insigne virgen que allí era donde Dios tenía dispuesto que se fundara en Quito monasterio de carmelitas descalzas.

«Cuando los quiteños vieron la nueva fábrica, quedaron maravillados, reconociendo que la iglesia y todas las oficinas de la casa estaban en los mismos puntos señalados veinte años antes por Mariana de Jesús.»

Indudablemente Nuestro Señor quiso premiar las heroicas virtudes de la *Azucena*, perpetuando en su casa la oración y la penitencia por las dignas hijas de la virgen de Ávila.

Anhelaba nuestra santa por que los sacerdotes tuvieran aquella pureza de corazón que reclama la

santidad de sus ministerios. El Padre Manosalvas acababa cierto día de confesar á su hija espiritual, y estaba en la sacristía disponiéndose para celebrar, cuando llamóle Mariana y díjole que confesase primero tal y cual culpa de la vida pasada, de la que por olvido nunca se había acusado. Así lo reconoció el Padre, y así lo ejecutó con toda diligencia y prontitud. No contento con esto, tomó la resolución de no oir á nadie en confesión sin haberse confesado él primero; resolución que cumplió fielmente.

¡La vocación! he ahí sin duda uno de los asuntos más trascendentales; y sin embargo, es el que para muchos merece menos atención. De ahí tantos desaciertos irreparables.

CAPÍTULO XXXI.

FRUTOS DE SALVACIÓN DEBIDOS AL CELO DE MARIANA DE JESÚS.

SUMARIO. Conversiones. — «Don Bernardo, dentro de ocho días habrá Vd. dado cuenta á Nuestro Señor en la otra vida.» — Un joven loco recupera la razón en el artículo de la muerte. — Resurrección del cuerpo y del alma. — Doña María Duchisela se santifica por las oraciones y consejos de Mariana. — Celo por la perseverancia. — Hermandad del Cristo de la Buena Muerte. — Predice al Padre Enebra su muerte repentina para que esté preparado.

CUÁNTOS frutos no producen los árboles que están plantados junto á la corriente de las aguas! ¡y cuántos frutos de salvación no ha producido Mariana de Jesús, inundada como estuvo siempre

de gracias extraordinarias! Sólo en la gloria nos será dado conocer las almas que le deben, después de Dios, su felicidad eterna. Mientras tanto mencionemos algunas conversiones obradas por la intercesión de la solitaria.

Cierto caballero, por nombre Bernardo, esclavo de criminal pasión, deseaba romper las cadenas de carne con que le tenía cautivo y aherrojado el infierno. Faltábale para ello lo principal, esto es, el valor, las fuerzas, en fin, la voluntad; pues las conversiones, si bien son obras de la gracia, son también hijas de la voluntad que coopera á ella. Para dicha suya, Don Bernardo al ver cierto día á Mariana entrando en la iglesia, se le acercó para encomendarse á sus oraciones; detúvose la recatada *Azucena*, y, contra su costumbre de no hablar con hombres en aquel paraje, le preguntó por tres veces cuál era su necesidad. Manifestósela el pobre caballero con sencillez y franqueza. «Está muy bien», contestó ella, «aplicaré á su intención la comunión de esta mañana.» Y aunque no lo haya dicho, seguramente ofreció á Dios grandes maceraciones. Concluídas sus devociones, Mariana sale de la iglesia para su casa, encuéntrase con aquel pecador, y le dice como el profeta Isaías al rey Ezequías: «Señor Don Bernardo, tengo que decir á Vd. cosa que interesa á su salvación eterna, aunque siento no poco haber de decírsela. Dispóngase Vd. para morir, porque dentro de ocho días habrá dado cuenta á Nuestro Señor en la otra vida.» Agradeció Don Bernardo tan oportuno aviso; sin demora puso orden á su conciencia, y ¡felizmente!

pues á los ocho días murió penitente. Este hecho figura en el Proceso.

Un joven había recorrido todos los cenagosos caminos del vicio y escándalo; al fin, víctima de sus excesos, cayó enfermo de muerte, siendo trasladado al Hospital Real. Para colmo de desgracia, perdió la razón; hallábase por lo tanto en la imposibilidad física de convertirse y de obtener el perdón de Dios. Sabedora de este cúmulo de desventuras, Mariana hizo lo que las hermanas de Lázaro: coadyuvando á la eficacia de sus oraciones con la virtud de sus maceraciones, suplicó á Jesús viniera con su gracia omnipotente á resucitar y sacar del sepulcro de la impenitencia, á aquel pecador á quien Él amaba. El Salvador no pudo resistir á tantas plegarias y mortificaciones y concedió la misericordia que se le pedía. El joven recuperó el juicio, y recibidos con edificación los últimos sacramentos, murió dando muestras de verdadera enmienda.

La *Azucena*, tan fecunda en frutos de salvación, va, mediante sus oraciones, á obrar en una misma persona una doble resurrección, arrancando el cuerpo de manos de la muerte y el alma de las del demonio.

«Un día por la mañana», según el Ilustrísimo Señor González Suárez, «Mariana de Jesús llamó á su aposento á un cierto Roldán, mozo honrado, vecino de la casa en que vivía la sierva de Dios, y dándole pormenores y señales muy circunstanciadas, le pidió que fuera á las orillas solitarias del Machángara y trajera de allí el cadáver de una pobre india suya, á quien el marido por celo había asesinado pocas horas

antes. El asesino había satisfecho su venganza muy á ocultas y estaba tranquilo con la seguridad de que su crimen era ignorado. Ignorado estaba en verdad de todos menos de Dios, que se lo dió á conocer á Mariana de Jesús, inspirándole al mismo tiempo lo que ella había de hacer.

«Obedeció Roldán dócilmente; fué al lugar determinado; las señales estaban manifiestas, no faltaba ni una sola; cavó la tierra recién amontonada; encontró el cadáver y lo trajo con toda precaución á la casa de Mariana. Sacó la venerable virgen unas rosas secas y las fué aplicando al cadáver en los puntos donde se veían las señales de la soga con que la infeliz india había sido estrangulada, y al contacto de tan singular medicina, la muerta volvió á la vida.

«Las rosas habían sido recogidas de sobre el cuerpo difunto de Santa Rosa de Lima y traídas de Lima por Don Cosme de Caso, quien se las obsequió á Mariana.»

Hasta aquí el citado historiador.

Preguntada la resucitada, quién la había protegido en medio de sus congojas y agonías, dijo haber visto y oído entre sueños á su señora Mariana, prometiéndole su amparo. Al obrar aquel estupendo milagro, la santa se proponía sobre todo devolver á esa alma, muerta por el pecado, la vida de la gracia santificante. Á este fin atrajo sobre ella por todos los medios posibles, auxilios sobrenaturales, y al contacto de esas gracias y rosas del Calvario, donde Cristo Señor nuestro murió por los pecadores, convirtióse muy de veras la india María y recuperó la vida de

los hijos de Dios, y esta vida divina no la volvió á perder, como todo lo hace suponer: tanto su afán por lavar la ropa de la venerable virgen y por acreditar de este modo su gratitud, cuanto su diligencia y puntualidad en guardar la Ley de Dios, su frecuencia de sacramentos, y por último, el calificativo de mujer sólida y virtuosamente piadosa que le dieron las personas de la casa.

El hecho referido ha sido declarado en el Proceso por varias personas, acordes en todos los pormenores.

No solamente la celosa penitente procuraba con afán las conversiones, sino también la santificación, el adelanto en la enmienda de los vicios y en la adquisición de las virtudes. Véase la manera cómo ganó enteramente para Jesucristo y la Virgen Santísima á Doña María Duchisela, india de noble linaje y descendiente de los Incas. Transcribiremos casi palabra por palabra lo que sobre este particular cuenta el Padre Butrón, ó, mejor dicho, el presbítero Castro.

«El año de 1644, uno antes de la muerte de Mariana, dicha señora fué á Quito á entablar un pleito; y al día siguiente, que era sábado, quiso encomendar su negocio á su celestial Madre, asistiendo á la misa que se celebraba en la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles en el Hospital Real, que forma esquina con la casa de Mariana. Estaba oyéndola desde la calle, llena de joyas y ostentando lujo y profanidad, que es el placer favorito de las indias, y que en ésta daban realce á sus gracias naturales; cuando al pasar Mariana por allí de vuelta de la iglesia, y tocando á alzar en aquel momento, se

arrodilló junto á la noble india. Después de la elevación del cáliz, la saludó con cariñosas palabras, sin haberla visto jamás hasta entonces. Concluída la Misa, trabó conversación con ella y le preguntó cómo se llamaba y cuál era el objeto de su viaje á Quito, etc., añadiéndole por agasajo que tenía muy lindo nombre, que fuese muy devota de la Reina de los Ángeles y que no malograse sus raras prendas. En la conversación supo Mariana que la india pensaba volverse á su pueblo de Yaruquiez á los quince días, y sobre este particular le dijo que no sería así, y que ya se lo daría á conocer la Virgen Santísima. Habló con tanta gracia y dulzura, que Doña María quedó muy prendada de ella, y preguntando después á varias personas quién podía ser aquella joven, todos le dijeron que, según las señas, era Mariana de Jesús, á quien todo Quito tenía en concepto de santa.

«Con esta noticia fué á buscarla á la iglesia de la Compañía, donde ella misma confesó que tenía repugnancia á entrar.

«Hallóla debajo del púlpito, y pidiéndole que la encomendase al Señor, respondió Mariana que desde el momento que la conoció, se impuso el cuidado de hacerlo; pero que la exhortaba á frecuentar aquella iglesia y á rendirse á las divinas inspiraciones de hacerse santa.

«Por dicho de la misma señora Doña María se sabe que aquellas palabras fueron siempre para su alma en lo sucesivo agudísimos estímulos que la impelían á darse del todo á Dios, como lo hizo, santificándose más de día en día, sin salir de Quito hasta

su muerte, y perseverando en la virtud, bajo la dirección de los Padres á quienes antes tenía tanta aversión.

«Con esta dichosa señora obró Dios muchos prodigios, por la intercesión de su sierva; y fué el primero que, siendo desde niña de natural tan iracundo, que á cualquier disgusto montaba en cólera, y á veces con tanto exceso que caía en tierra perdiendo el sentido, puso por intercesora á Mariana para alcanzar la mansedumbre, y logró por tal medio reformar su carácter por completo.»

La angelical contemplativa de Quito, además de ser apóstol de la conversión, lo era también de la perseverancia. Y con razón, pues para la consecución de nuestro fin supremo, la una no es menos indispensable que la otra. Ahora bien, entre los medios de perseverancia sobresalen por su eficacia las piadosas asociaciones ó hermandades. Esto se comprende; en una congregación — discurre San Alfonso, que tanto y con tal acierto escribió acerca de estas materias — son puestos por obra cuantos medios nos encadenan al servicio de Dios, como son: las amonestaciones de caritativos celadores, los buenos ejemplos de los hermanos, oraciones públicas y privadas, pláticas y exhortaciones particulares, recepción de sacramentos, gracias especiales anejas á tal ó cual cofradía, y por fin la divina benevolencia, etc. En suma, la congregación es un arca de salvación. Motivos todos por los cuales nuestra *Azucena* tomó á pechos siempre el establecimiento y prosperidad de las cofradías.

Oigamos á este respecto las declaraciones juradas de un testigo fidedigno, el Padre Juan Martínez Zarco, primero jesuita y director de una congregación de indios y luego ermitaño de San Agustín. Venerábase en la iglesia de la Compañía de Jesús en Quito un *Ecce-Homo* bajo la advocación de *Cristo del Consuelo.* Mariana, al ver el poco culto que se le tributaba, suplicó al Padre Martínez cantara cada viernes una misa en honor del *Cristo del Consuelo,* como hacía todos los sábados en obsequio de Nuestra Señora de Loreto. La indicación de la celosa penitente agradó á dicho Padre; mas por varias dificultades no era fácil poner en ejecución tan hermoso proyecto. De estas dificultades se hacía cargo la sagaz solitaria; pero no por ello se desanimaba, antes al contrario cobraba nuevos bríos. Así que aseguró al Padre que Dios lo tenía destinado para aquella empresa, y queriendo coadyuvar á ella más con obras que con palabras, Mariana de Jesús encabezó una lista de suscritores, comprometiéndose á dar periódicamente, con el permiso de su confesor, algo en dinero y algo en cera. Así allanadas las dificultades, cantóse una misa todos los viernes y en el altar donde estaba el *Ecce-Homo,* llamado desde entonces altar de la *Buena Muerte,* y convertido en centro de devoción, ardían en ciertos días numerosos cirios, mientras que en su derredor oraban de rodillas muchos fieles. Aquellas prácticas en honor del *Cristo del Consuelo* iban prosperando y generalizándose; por lo que más tarde la Divina Majestad estaba de manifiesto durante la misa cantada, á lo cual se

añadió después una plática mensual sobre la muerte. Navegaba aquella hermandad viento en popa, llegando sus reuniones á ser semanales; delante del Santísimo Sacramento teníase media hora de oración mental, fuera de otros ejercicios y preces. Además de esto, en ciertas épocas del año ganábase indulgencia plenaria. Esta congregación estuvo floreciente muchísimo tiempo; al cabo de unos cincuenta años, sus ejercicios, modificados en la forma y subsistentes en el fondo, seguían produciendo opimos frutos de salvación.

¡Amado lector! ¿no serás tú por ventura uno de aquellos á quienes Dios dice lo que á Noé: «Entra en mi arca»? Si estás ya felizmente en ella, no salgas por ningún motivo, pues probablemente no regresarías á ella batiendo alas como la paloma.

Veamos cuán eficazmente contribuyó la *Azucena* á asegurar una buena muerte al Padre Juan de Enebra, jesuita. Díjole un día que para morir, él no daría que hacer ni á médicos, ni á boticarios, ni á enfermeros; era esto predecirle una muerte repentina. Dió tal crédito el Padre á las palabras de la santa, que, no contento con prepararse cada día para morir, llevaba de continuo un crucifijo bendito para el artículo de la muerte. Después de haber visitado un día al Santísimo Sacramento y expresado sus abrasados afectos á su Amigo y Huésped divino, bajaba al comedor, cuando en las gradas de la escalera cayó sin conocimiento para no levantarse más; lo único que pudo recibir fué la absolución y la extremaunción bajo condición.

¡Qué tránsito tan feliz! ¡Ir desde el pie del altar al tribunal de Jesucristo! ¡pasar de las sombras de la fe á la clara visión de la realidad!

CAPÍTULO XXXII.

MARIANA DE JESÚS SE OFRECE Á MORIR POR SU PATRIA, Y ACEPTADO POR DIOS SU SACRIFICIO, CAE ENFERMA.

SUMARIO. Doble azote. — El Padre Alonso de Rojas ofrece su vida por Quito. — Mariana substituye la suya. — Cae enferma. — Cesan los castigos divinos. — Últimas llamaradas de una luz que se apaga. — Es visitada por el obispo de Quito. — Recibe el Viático.

NADIE tiene más grande amor, dice el divino Maestro, que el que da la vida por sus amigos[1]. Mariana, porque rebosaba de caridad, daba la suya por su patria. Quito, según todos los biógrafos de nuestra santa, había con reiterados pecados incurrido en la indignación del Señor y armado su brazo vengador; nuestra santa, ofreciéndose como víctima voluntaria por la ciudad culpable, atrajo sobre su persona los efectos de la divina venganza.

«En el mes de febrero de 1645», relata el Ilustrísimo Señor González Suárez, «se arruinó la antigua villa de Riobamba, á consecuencia de un terremoto tan violento, que echó por tierra las iglesias, los conventos y las casas de los particulares; murieron muchos aplastados por los edificios, y la población quedó reducida á escombros, en tanto extremo que

[1] Juan XV, 13.

los vecinos trataron de trasladarla á otro punto. En Quito se sintieron también algunos temblores.

«La población estaba consternada; porque al susto causado por los temblores de tierra siguió el terror difundido por el flagelo de la peste; las casas se llenaron de enfermos, acometidos de alfombrilla y de garrotillo; de noventa colegiales que había en el seminario de San Luis, solamente escaparon tres: todos los demás cayeron enfermos, y algunos murieron; en las gentes del pueblo y principalmente en los indios desaseados é indolentes, el contagio hizo estragos.»[1] Según el mismo historiador, murieron en aquella ocasión más de cinco mil personas en Quito.

Figurémonos la tristeza, el pavor y la consternación de aquellos habitantes; heríanles los oídos, casi sin interrupción, toques de agonía, toques de entierro, toques de Viático. Entre los sobrevivientes oíanse los alaridos de los muchos que sufrían, y los gritos y sollozos de los que lloraban á seres queridos, arrebatados por la muerte; los ojos apenas si veían casas sin el crespón fúnebre encima de la puerta y personas sin señales de luto; surcaban las calles y cruzaban las plazas filas de cadáveres, llevados á su última morada. Sucedía esto durante la Cuaresma; los oradores sagrados tomaban pie de esas calamidades para intimar, á nombre de Dios, la penitencia á los quiteños, como lo había hecho Jonás para los ninivitas.

Sólo convirtiéndose era cómo podían arrancar de manos del Señor el pesado azote y librarse de una

[1] Historia del Ecuador t. IV, pág. 206.